

El poema, país secreto

La demarcación de un *territorio*, la delimitación de un país, así como la adscripción a una *patria* y el reconocimiento implícito de una filiación y de un patrimonio son actos políticos.

La demarcación es una incisión que se abre en el terreno, es un trazo, una zanja, una protuberancia, unos hitos. El límite señala la separación entre una interioridad y una exterioridad. La demarcación y el reconocimiento de la filiación y el patrimonio traen consigo la apropiación del territorio, de la herencia que viene en el linaje, de los bienes, de las palabras. La apropiación es, entonces, el efecto de un poder.

¿Qué *poder* pueden ejercer la palabra poética o la palabra del pensar? ¿A qué formas de apropiación pueden dar lugar? La palabra poética ha sido condenada al exilio desde Platón, y el exilio es también un efecto del poder político. La poesía ha sido condenada por la Filosofía al ostracismo, a errar en el desierto, fuera de la Ciudad. ¿No pronuncia esa condena la palabra filosófica, que anida en el cogollo del poder político, en un libro que precisamente se titula *La República*?

La palabra poética está destinada al ostracismo. Al lugar situado fuera de los límites de la República, es decir, *fuera del territorio* de la acción política, fuera del territorio en que los usos del lenguaje sirven para la comunicación, para los fines prácticos. Ese *afuera de la República*, sin embargo, no puede ser un territorio semejante al territorio de la República. Es el ámbito de lo insólito, de lo ilimitado, de la desapropiación. Un territorio sin nombre, que no puede ser nominado. El país secreto.

¿Dónde puede morar la palabra poética sino en el territorio de lo insólito? ¿Dónde le es dable habitar sino en un territorio desconocido, ilimitado e innombrable? La vocación de la palabra poética es el destierro. Porque si la palabra poética resuena intramuros, dentro de la Ciudad, no puede venir sino de lejos, desde su exilio. Tiene que venir del desierto. El país de la poesía no tiene nombre, no puede tenerlo: es lo innombrable, es lo secreto. La palabra poética viene de las "Islas sin Nombre",

*islas donde el silencio
es la más alta dádiva
en la noche de cuero y de pupila*

«Nada nos libra del desierto», dice otro verso del poeta Carrera Andrade. El desierto es la patria del silencio, y este es «la más alta dádiva». Fuera del ágora reina el silencio, y el silencio es el ámbito dado no solo como una dádiva, sino como «la más alta dádiva»; es el don máspreciado. Solamente ante el silencio, rodeada de silencio, puede tener la palabra poética su advenimiento.

Mas, ¿quién o qué dona el silencio, si no es el lenguaje? ¿Qué ha de entenderse por silencio sino este callarse del lenguaje en su repliegue, este alejarse del lenguaje desde sus lugares presupuestos: el ágora, el mercado, los medios de comunicación de masas, las aulas, los lugares de las habladurías, las transacciones y los pactos? Los lugares presupuestos para el «habla» alejan al «habla» de aquello que ella pretende abrir: el «guiño del duende» que viene de las cosas, la sensación de la cercanía del «ala invisible» de lo insólito.

*En cada cosa guiña un duende
o un ala invisible se tiende.*

El silencio cubre y encubre a la palabra poética; solo en él y por él resuenan la intimidad del mundo y de las cosas, su diferenciación incesante, el eterno retorno de la diferencia en la intimidad. Desde el abismo del lenguaje brotan, cobijadas por «la noche de cuero y de pupila», más allá de la comunicación y del significado, las palabras que abren en el corazón del silencio, el ámbito del ser, del acontecer, del devenir. ¿La palabra cubierta de silencio? ¿La palabra? O la escritura...

El poema trae la dádiva —y no cualquier dádiva, sino «la más alta», la más preciada, la que viene de las alturas— «en medio de la noche de cuero y de pupila». La noche no es solo la oscuridad exterior, la cobertura de la indiferenciación, el manto bajo el cual todos los gatos son pardos. La noche es oscura extensión de lo terrestre, de la corporeidad misma del hombre; es la piel de los gatos, la piel de quien

escribe o de quien lee. Es «cuero», el material que se presta al trazo, a la escritura, la materia prima del pergamino. Se dice cuero y se alude al curtir. Se dice «cuero» y se evocan los odres, las vestiduras. El cuero es siempre un lugar ya trazado, roturado, que lleva las huellas de las venas, de la pelambre, de las inscripciones del tiempo. Al igual que el cuero, el cielo nocturno aparece al ojo como una escritura: constelaciones, rastros luminosos de estrellas distantes, fulgor que llega al ojo luego de un movimiento azaroso de miles de años a través del espacio. Las huellas de lo más cercano, de lo próximo: muros, jardines, unas ventanas iluminadas... Recorridos por los trazos.

La noche es «de pupila», de apertura a la visión, de acomodo del ojo a la oscuridad que hace posible la percepción de los rastros. La noche misma es pupila: algo que se dilata, que se abre. La pupila es la entrada a la cámara oscura que posibilita la visión. La noche es extensión de mi propio cuerpo, de mi piel, de mi cuero; es dilatación de mi pupila, la entrada al ojo, la salida del ojo.

*islas donde el silencio
es la más alta dádiva
en la noche de cuero y de pupila
y de ataúd y de alga*

La noche de cuero: inscripciones del tiempo. Lo muerto y los muertos retornan en la noche. La noche «de ataúd» está habitada por los espectros. La noche es también el ámbito de la fermentación, del retorno a la vida desde la muerte, de la insistencia de la vida. La noche «de alga» es la noche de los filamentos vegetales, de la posibilidad de la textura.

El poema nos dice que llega de lejos, de las «Islas sin Nombre». No es más que una canoa en deriva que trae su cosecha —su don— y que siempre narra su aventura:

*La canoa que vuelve
con su cosecha de algas
cuenta sobre la arena*

su aventura salada.

(Bostezo interminable de las ostras.)

Aventura: incesante ir hacia lo insospechado.

(«Bostezo interminable de las ostras» cuyas conchas servirán para que una vez y otra, en el ágora, se vote por la expulsión del poeta, por el destierro de la palabra del poeta, que nada tiene que decir —al fin y al cabo— en los asuntos que se ventilan en la arena pública o el mercado, y que debe volver a su país secreto, el del silencio, el de la noche de cuero y de pupila. Mientras tanto, alguien tendrá necesidad de la «cosecha», alguien espera en alguna parte la apertura de la palabra poética, el débil filamento que traza la apertura a lo insólito, a lo Innombrable.)

«Lo hablado puro es el poema», dice el filósofo en el crepúsculo de Occidente, el filósofo que se empeña en tender puentes entre el pensar y el poetizar, en el tiempo en que se ha consumado la metafísica, es decir, «la historia del olvido del ser». «Un hablado puro es el lugar donde la perfección del hablar, propio de lo hablado puro, se configura como perfección iniciante.» Lo que «habla» en el poema es el «habla» misma, escribe Heidegger. Tal vez sea mejor decir: lo que «habla» en el poema es el lenguaje que brota desde su abismo, desde su fondo sin fin, pues nada hay que esté por debajo de él, nada que lo fundamente. Para el filósofo, un hablado puro es un «hablar» que inicia —que se da a los iniciados y otorga en dádiva la iniciación—; es un acontecimiento inaugural. Acaso para el filósofo de los tiempos del fin de la metafísica, el hablar iniciático del poema «anteceda» al pensar. ¿Qué señalaría, con todo, el «anteceder» del poema? ¿Una deriva? ¿El lugar de la apertura? Lo invocado por el poema —más que hablado puro, impura escritura: trazos, incisiones, huellas, restos, rastros de lo que se ha curtido en el cuero— está presente en ausencia. El poema mantiene lo invocado en su distancia, en su lejanía. Y mantiene rastros, huellas, restos de lo trazado que ha venido a dar, en su deriva, al poema. Está lo invocado en el poema. Mas la invocación llama a las cosas que invoca «hacia acá»,

a la presencia imposible, y llama «hacia allá», hacia su lejanía. La invocación, el trazo, es apertura del cuero y de la pupila hacia el resplandor de las cosas, hacia el «guiño del duende». Y apertura del mundo. La invocación «confía mundo a las cosas y, a la vez, resguarda las cosas en el resplandor del mundo... Las cosas gestan mundo configurándolo. El mundo consiente las cosas.» (Heidegger). Esta apertura del mundo y las cosas que se da al pensador y que se da al poeta acontece en la intimidad. Más aún: es la intimidad de las cosas y el mundo. La intimidad es Medio (Heidegger), Intersticio, Meridiano (Celan), Afuera (Blanchot).

El poema hace venir, en efecto, mundo y cosa en su diferencia a esa singular presencia del poema. Una presencia que, sin embargo, mantiene la cosa en su lejanía, a distancia. Que mantiene en suspenso su advenimiento: este es la proximidad siempre diferida. Mas, en el poema, ¿viene la cosa «a su ser propio», como supone el filósofo? En verdad, en ningún caso la palabra poética (el poema) «representa». La palabra que «representa» es propia del ágora, de las transacciones: es «dinero» que opera como medio de cambio. Pero la palabra poética (el poema) se mantiene como don, a lo sumo como dádiva. ¿Qué dona, qué da? La apertura. Lo abierto.

La palabra poética, o dicho de manera más adecuada, la escritura poética, es aventura indefinida (Borges); un perseverar en búsqueda de la cosa que no está en el verso, que nunca puede presentarse en el verso.

El poema no nombra un referente ausente para traerlo a la presencia en «su ser propio». El poema es más bien tentativa. Tentativa y zozobra en el ir y venir de la apertura de la intimidad, de lo abierto en la intimidad, de la incesante repetición de Lo Mismo en la Diferencia.

En *Familia de la noche* encontramos uno de los poemas más intensos de Carrera Andrade: *Dictado por el agua*. El título ya indica que la mano del poeta ha sido arrebatada por la fuerza del «dictado», que el poema es un dictamen, una imposición. Mas, ¿quién dicta el poema? Quien dicta el poema es el fluir del lenguaje, en su avidez de silencio. Todo poema es este que aquí y ahora sucede, este

acontecimiento singular, único. Surgiendo del fluir del lenguaje, del fluir del tiempo, el poema se dicta a sí mismo, es acontecimiento. El poema es el temblor y el susurro de las cosas en su desaparición en la apertura de mundo. No expresa, no significa, no comunica: acontece. Y en su acontecer, el relámpago del ser fulgura en lo abierto. El poeta y el lector de poemas se dejan arrebatarse por el «dictado»: por el acontecimiento. Se dejan arrebatarse hacia el relámpago.

La escritura poética —o su repetición diferenciada y diferenciante, la lectura— es el ámbito de la intimidad: en ella mundo y cosa concuerdan en su diferencia. Mas este concordar siempre se difiere. Pertenece al ser del mundo y de las cosas el diferir la concordancia, el sostenerse en discordancia. y es el diferir de la concordancia lo que abre, en la intimidad, la pupila a la fulguración del relámpago. Del relámpago o del golpe mortal: el «poder de la palabra» (de la palabra poética, es decir, del poema, de la escritura poética) que golpea a distancia y que al dirigirse hacia la cosa deja el rastro de su paso en el aire, en el cuerpo, sobre la piedra. El poder de la palabra poética (del poema) aniquila.

Aun el cuerpo deseado, invocado por la palabra poética, es cuerpo yerto, golpeado en su lejanía. La escritura que lo invoca lo aniquila. Lo desploma en la memoria, en las sombras. Y a la vez, al abrir el acceso al sentido, dota de una singular sobreabundancia de vida al cuerpo deseado; lo desrealiza y en la desrealización, dota al cuerpo deseado de supervivencia. El poder del poema, que se abre a la intimidad de las cosas y el mundo, es tentativa y zozobra, muerte y vida al mismo tiempo.

Entonces, ¿no ha de decirse de la intimidad, de ese inter-medio entre mundo y cosa, que diferencia y difiere, que es el lugar secreto y del secreto concordar en la lejanía? Es el poema mismo —la escritura poética y su repetición, la lectura del poema, que trae el texto poético a su repetido acontecer diferenciado y diferenciante— el país secreto.

¿Hay algo más que fulgure en la intimidad? El diferenciarse de la cosa y el mundo en su secreto concordar en la distancia, en su secreta intimidad, que se abre en el poema, es un diferenciarse de la cosa consigo misma y del mundo consigo mismo. Lo Mismo no es sino el eterno retorno de la Diferencia, del devenir Otro. En el extremo, no un otro determinado, próximo o prójimo, sino Otro cuyo advenimiento siempre ha de diferirse: silencio, secreto, Nada, Nadie.

La intimidad que abre la pupila de la noche y del que la contempla —también «íntimos» uno del otro, y por tanto, separados— prepara al «ojo» para rastrear la metamorfosis de las cosas y el mundo, metamorfosis que no tiene otro sustrato que el diferirse de lo Otro. Si la cosa y el mundo advienen «a su ser propio», advienen al devenir, al curso del tiempo, a la transformación, a su aniquilación. Lo que (se) abre paso a través de la pupila es la sucesión de «las formas pasajeras», el incesante pasaje, el recorrido de una forma a otra.

Lo que adviene al poema y con el poema es propiamente la metamorfosis. La cosa misma, que se aproxima y se mantiene en su lejanía, la cosa que el signo del poema invoca y aniquila, solo puede ser invocada metafóricamente. La invocación es siempre metáfora (en el sentido amplio, aristotélico, del término). Mas la metáfora mantiene siempre la diferenciación entre la «cosa» nombrada y la «palabra» que la nombra. El «estar por otra cosa» no da lugar a un intercambio que restablezca un orden propio. No hay tal orden de lo propio. Hay el incesante pasaje de los signos y, en la apertura de la experiencia poética, la apertura hacia el devenir del mundo y de las cosas-signos.

El poema, la metáfora, los signos de la escritura poética se incrustan en los intersticios de las paredes. El poema viene del desierto, de las «islas sordas de viento, / habitadas de sombras» a donde ha sido desterrada la poesía, donde tiene lugar su destino de exilio. La palabra del poema resuena en la Ciudad, pero no en cualquier sitio de la Ciudad. Aun en la Ciudad requiere que la acoja, cobije y circunscriba el silencio. Sin el silencio no resuena. Por ello ocupa los pasadizos

secretos, los intersticios. En el ágora, en la tribuna o en el mercado, fracasa, puesto que la palabra poética carece de la eficacia del poder. Ella no puede vivir sino de la negación de sí misma, es esta negación su terrible fortaleza. ¿No viene acaso repentinamente y fulgura en la metáfora insólita, en la ironía que deja por un momento sin piso a los interlocutores? El ágora y el mercado restablecen pronto el destino de la palabra que comunica, del medio de cambio. Sin embargo, la ironía o la metáfora insólitas dejan sus huellas, el rastro de su apertura que se percibe como fugaz cercanía de la boca del abismo, de ese fondo sin fondo del lenguaje. El país secreto, el territorio de la palabra poética, es, sí, lejanía, mas lejanía que copa los intersticios de lo que permanece a mano, ante los sentidos, en la cercanía.

No de otro modo podría entenderse la imposibilidad que tiene el mismo Platón para mantener su discurso incontaminado por la metáfora y la ironía. ¿No hablan también el demagogo y el mercader en metáforas? ¿Cómo alaban sus mercancías si no es con el oropel de las metáforas? ¿Cómo «doran la píldora»? ¿No hablan el sabio y el filósofo en metáforas? El supuesto platónico de que el texto poético miente, mientras que el discurso de la teoría es apertura a la Idea, a la visión de la Esencia de la cosa y, por tanto, es expresión de la Verdad, se derrumba: no hay discurso sin metáfora. No hay discurso sin mentira, si por metáfora ha de entenderse lo que está ahí por otra cosa, fingiendo ser otra cosa. Cuando el poema invoca, señala abiertamente su «mentira»: está ahí en lugar de lo impresentable, de lo que al ser invocado se mantiene en su lejanía.

En el poema resplandece el lenguaje en su error —yerro y errancia entre la cercanía y la lejanía de lo que invoca—. La palabra del Liceo, de la Academia, intenta ocultar su «mentira»: dice ser la Verdad, la presencia de la cosa, la contemplación de su esencia. Mas no puede desplazarse si no es de metáfora en metáfora. De la Caverna a la Luz; de la Luz, la Verdad y el Bien, al Ágora, al supuesto recinto del diálogo. El poema suspende el diálogo porqué su verdad es la no-verdad del secreto.

Los signos del poema resguardan el pudor: aun si invocan el cuerpo deseado como un territorio que el poema simula rastrear, hendir, horadar, lo hace presentando el secreto. ¿El secreto? Muestra sin mostrar, trae «imágenes» que solo son imágenes. Mas no por ello hay algo que pudiese y debiese ser mostrado: hay solo sombras. No hay nada detrás de las sombras que pueda y deba desvelarse. O hay una infinita sucesión de velos que atraviesa la palabra poética, pero no hay ninguna presencia atrás que espere la develación.

Ni develación ni revelación. Al contrario, la palabra poética viene una y otra vez del secreto: Nadie está más allá. Nada está más allá.

El poeta y el pensador «dicen» su «palabra» —en rigor, están ahí los signos diseminados en los textos del poema y del discurso filosófico— desde la ausencia. El decir de la ausencia es el país secreto: la poesía. Quien escribe da «su palabra» a otro que permanece ausente: el poema es un envío a un ausente, a un desconocido. Aun si el autor se «destina» el texto poético a «sí mismo» como único lector, «destina» su palabra a alguien que no está presente, a alguien que todavía no ha llegado a ser, a un desconocido. El lector es alguien que al ser convocado por el envío adviene a su encuentro desde el futuro. El lector, al que retorna el poema en la experiencia de la lectura, a su vez recibe algo que le ha sido «destinado» por un ausente. Algo ha de retornar desde el texto, algo «destinado» por un ausente. Quien escribe el poema solo se presenta como espectro, como sombra, en las huellas que ha trazado la mano sobre el cuero, sobre la piel, sobre el papel, siguiendo el dictamen del agua. Nunca está en la cercanía aquel que escribió el poema. El poeta es otro («Yo es un otro»: Rimbaud): es la figura que deviene del texto. Más aún, si el poeta es un muerto. El país secreto de la poesía está habitado por los espectros de los muertos: de aquellas huellas que conserva la cultura, de aquellos rastros que han sido destinados. El poema destina, aunque él mismo carece de destino.

País secreto: aquel de la intimidad entre quien envía y quien viene al encuentro del envío. Intimidad entre dos ausentes a quienes junta el poema. Presencia espectral de quien ha de venir al encuentro del envío, en el momento de

la escritura. Presencia espectral de quien envía, en el momento de la lectura. Pero todavía hay más: quien escribe, el poeta, se siente transportado fuera de sí en la escritura. Alguien o algo «dicta» el poema, y el cuerpo, la mano, escribe. Quien lee, reescribe: se siente transportado fuera de sí. Alguien o algo “dicta” el poema, y el ojo, el cuerpo, re-escribe a partir de las huellas, los trazos, las borraduras del texto poético. Alguien o algo que «dicta» el poema, impone el movimiento del cuerpo, la «transportación», la alteración. Se está en la intimidad: en el ámbito de tal «transporte», de tal alteración, en el pasaje a Otro.

País secreto, el libro de poemas firmado por Carrera Andrade, es pasaje entre Carrera Andrade y el lector, es intimidad, ámbito en que el pasaje abre la concordancia siempre diferida entre el poeta y el lector, ámbito de la diferencia, de la separación. Quien escribe se separa de sí mismo (la parábola «Borges y el otro» tematiza tal separación), se separa para ser otro y para ir al encuentro del otro, al que no ve, al que desconoce, al que deja ser otro. En extremo, se separa de sí, al encuentro de la muerte, o para diferir la muerte. Quien lee se separa de sí mismo para ir al encuentro de un ausente, de un muerto. El que viene al encuentro del envío, llega del futuro. El que envía, viene del pasado. La escritura y la lectura, como lugares del acontecer del poema, son apertura a la temporización, son los ámbitos del encuentro al que advienen el pasado y el futuro. El acontecer del poema es un Medio, Intermedio, Meridiano, Intersticio. Pasadizo.

País secreto. Revista de ensayo y poesía, No. 1, Quito-Ecuador, junio de 2001, pp. 3-9.

Citas al margen, en la edición en *País secreto*:

JOSÉ ÁNGEL VALENTE:

Territorio del poema: no lo visible ni lo invisible, sino el espacio sutil contiguo a ambos (espacio intersticial donde sitúa a Dios el anónimo autor de *The Cloud of Unknowing*), en el que el símbolo se constituye y los unifica.

El poeta: en cuanto tal, no pertenece ni a la ciudad ni al ágora. Platón no le daba lugar en ellas. La palabra poética resuena intramuros, pero viene de un lugar exterior a los *prágmata*; viene de los límites o fronteras del humano —«canto de frontera»—, viene del desierto, lejos de la ciudad, donde el hombre lucha solo —pero solidariamente— con los dioses y con los demonios.

MARTÍN HEIDEGGER:

El nombrar [del poema] invoca. La invocación acerca lo invocado. Pero este acercamiento no de lo que está presente e incorporarlo en ello. Es cierto, la invocación llama a venir. De acerca lo invocado para depositarlo en el ámbito este modo trae a una cercanía la presencia de lo que anteriormente no había sido llamado. Sin embargo, en cuanto la invocación llama a venir, ha llamado ya a lo que está llamando. ¿Adónde llama? A la lejanía, donde se halla aún como ausente lo llamado...

La invocación llama a venir a una proximidad. Pero la invocación no arranca a lo que está siendo llamado a su lejanía en la que permanece retenido por el «hacia dónde» del llamado. La invocación invoca en sí y, por ello, llama hacia aquí, hacia la presencia y llama hacia allá, en la ausencia... La nieve que cae y la campana de la tarde que suena [«Cuando cae la nieve en la ventana, / Largamente la campana de la tarde resuena,»— son los versos de Trakl sobre los que medita el filósofo] nos está siendo dicho aquí y ahora por el poema. Llegan a presencia de la invocación. Pero no toman su lugar en medio de lo que es aquí ahora presente en esta sala. ¿Cuál es más alta: la presencia que tenemos ante nuestros ojos o la presencia invocada?

Pues el mundo y las cosas no están el uno aliado del otro. Se atraviesan mutuamente. Atravesándose de este modo los dos miden un Medio. En él concuerdan. En tanto que así concuerden, son íntimos. El Medio de ambos es la

intimidad [...] La intimidad entre mundo y cosa no es una fusión donde ambos se pierden. Sólo reina intimidad donde lo que es íntimo, mundo y cosa, deviene pura distinción y permanece distinto. En el Medio de los dos, en el inter-medio de mundo y cosa, en su inter, reina el Separar [la Diferencia]. La intimidad de mundo y cosa reside en el entre-medio, en la Diferencia. [...]

«Diferencia» no significa ya una distinción entre objetos establecida por nuestro modo de representación. La Diferencia tampoco es sólo una relación que está presente entre mundo y cosa como para que la constate un representar que la encuentre. La Diferencia no se desprende posteriormente como relación entre mundo y cosa. La Diferencia para mundo y cosa hace advenir la cosa a su ser propio en el gestar configurativo de mundo, hace advenir a su ser propio el mundo en el consentimiento de cosas.

JORGE LUIS BORGES:

Un tercer tigre buscaremos. Éste
Será como los otros una forma
De mi sueño, un sistema de palabras
Humanas y no el tigre vertebrado
Que, más allá de las mitologías,
Pisa la tierra. Bien lo sé, pero algo
Me impone esta aventura indefinida,
Insensata y antigua, y persevero
En buscar por el tiempo de la tarde
El otro tigre, el que no está en el verso.

JORGE CARRERA ANDRADE:

No es el nido: es la abeja.
No es la abeja: es el agua

siempre lista a partir
desatando sus lágrimas.
No es el agua: es la noche o el lucero,
los exiliados pájaros
vencidos aborígenes del cielo,
o la espiga, el insecto o la campana;
pero no es nada de eso: es la gaviota
de plata y de ceniza, que pinta mi deseo
y que luego disuélvese en la sombra.
¡Fugaz amor y forma pasajera!